

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

El palacio que labra, la mujer que arrega su casa, el magistrado que desempeña sus funciones, el obrero que trabaja, hacen una obra tan santa como el mundo que ora y ayuna.—*Letras.*
Desde la India hasta la Francia el sol no ve más que una familia inmensa que debía regirse por las leyes del amor. Mortales, todos sois hermanos.—*Voltaire.*
Has el bien por el bien. No emplees jamás la humanidad como un simple medio... Respétala como un fin.—*Kant.*
El hombre debe realizar bajo Dios la armonía de la Naturaleza y el Espíritu en forma de voluntad racional y por el puro bien.—*Kant.*
Que la Verdad ostente todos sus esplendores en la tierra; que se despierten los templos y caigan hechos por los siglos los siglos, y se soterren bajo el fango los escaraboles del velloco de oro si se interponen en su camino. Paso, paso á la Verdad divina.—*El Espíritu del siglo.*

NÚM. 22.

Madrid, trim. 2.ª pta. | Extranjero, año. 12 pta.
Provincias, id. 2.50 | Ultramar, id. 3.00
Número atrasado, 25 céntimos.
El pago se hace por trimestres adelantados.

La redacción dará cuenta de toda obra de que reciba dos ejemplares.
Administración: Corredora baja, 50, segundo.

Domingo 1.º de Julio de 1883.

Redactores: Ramon Chies, Demófilo.

La redacción no responde de los artículos firmados.
No devuelve los manuscritos.
La Administración no admite anuncios de pago.

AÑO I

El juramento del juego de pelota.

Acaba de celebrarse una modesta fiesta oficial en Versalles, para inaugurar la restauración de la célebre sala del juego de pelota.

Ocasión es de recordar el grandioso hecho realizado en aquel local.

Era año de 1789: la pasada centuria: Francia estaba en conflagración. La filosofía había difundido en todos los espíritus las ideas de justicia, libertad é igualdad.

Empero en la legislación dominaba el más abyecto absolutismo. El rey, unido con el feudalismo y la Iglesia, gobernaba con absoluto imperio; la ley era hecha por sus manos. Pero en medio de esta legislación oficial, allá en el fondo de las conciencias regían otros legisladores que llevaban los nombres gloriosos de Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

No era difícil prever la revolución que amagaba. El choque tenía que ser terrible, y se necesitaba, por tanto, que las almas estuvieran vigorosamente templadas para soportarlo. A ello contribuyó providencialmente aquella educación clásica que venía dominando en Francia de hacia largo tiempo. Catón, Bruto, Scévola, eran los tipos ideales que llevaba grabados en su alma la juventud francesa: morir por la patria y por la libertad era su ambición gloriosa.

En este estado, el rey, empujado por la fuerza de las cosas, convoca los Estados generales para que provean al remedio de las calamidades públicas.

Componíanse los Estados generales de los llamados brazos del Estado, á saber: nobleza, clero, comunes ó clase media.

Hace de esto un siglo no completo, y de tal modo han cambiado las ideas, merced á aquel hecho glorioso, que las gentes no podrán darse cuenta de la situación de los tres brazos ó estamentos al reunirse por primera vez presididos por el rey.

No es fácil formarse hoy idea de la altanería de la nobleza y del clero, con el tercer estado, á quien se gozaron en humillar desde el primer momento. Ya al celebrarse la fiesta religiosa el día antes de la apertura de la Cámara, ostentáronse los dos primeros brazos deslumbrantes de púrpura, oro y vistosos plumajes, mientras los representantes del tercer brazo, colocados en último puesto, iban modestamente vestidos, cubiertos con capas negras; al día siguiente, al reunirse en la Asamblea, se les relegó allá al fondo del salón, mientras el clero y la nobleza se sentaban al lado del rey.

El tercer brazo soportaba silencioso aquellas humillaciones; sus capas negras ocultaban la conciencia de su poder; allí iba el volcán revolucionario; allí estaba el peso de la Francia. En cambio, el poder de aquellos dos primeros estamentos, con todas sus altaneras apariencias, pesaba menos que las chocarreras plumas con que decoraban sus sombreros.

Desde el primer día se mostró la oposición. Tratábase de revisar los poderes para constituirse en Asamblea, y los dos primeros estamentos, guiados siempre por su satánico orgullo, querían reunirse y revisar sus actos con separación del estado llano. Los representantes del pueblo piden, al contrario, que la revisión se haga en común: es cuestión, sostienen, que atañe á la soberanía que van á ejercer, y tienen el deber de enterarse unos y otros de la legitimidad de la representación de cada miembro.

El clero y la nobleza resisten la pretensión del tercer estamento; pero éste se mantiene inexorable en su resolución. Los días pasan, y nada se hace; cada brazo se reúne con separación, pero sin constituirse ni tomar acuerdo; se acude á medios conciliatorios; deliberan juntos comisionados de uno y otro bando; no se llega á avenencias. En esto había ya pasado un mes sin haberse dado un paso en la constitución de la Asamblea. En vista de ello, el tercer estamento, fundado en su derecho, en presencia de las calamidades que afligían á la Francia, que exigían urgentes medidas, después de haber agotado todos los medios de prudencia, da el primer paso revolucionario: acuerda constituirse por sí solo en Asamblea nacional, y llama á su seno al clero y á la nobleza.

Esta atrevida resolución sientra el espanto en el campo de los contrarios.

El clero no puede resistir al peso de la razón del estado llano, é influido por los párrocos, esto es, por lo que pudiera llamarse su democracia, cede; y tras tumultuosas discusiones acuerda reunirse á la Asamblea nacional. La nobleza, desorientada é impotente, va á arrojarse á los

pies del trono en demanda de auxilio. Reúnense los cortesanos para deliberar; se pide la intervención regia; el rey accede á interponer su voluntad soberana, imponiendo una fórmula de avenencia. Pero el tiempo apremia: van á reunirse los del clero con el estado llano al día siguiente, y hay que evitarlo; se acude á puerilidades; cartitas misteriosas son introducidas por pajes en el consejo mientras éste delibera; se pretexto de tener que arreglar el salón de sesiones para la celebración de la sesión regia, se acuerda prohibir la entrada á los diputados durante dos días: red de cabellos labrada para contener el paso de leones.

Los diputados del tercer estado acuden al día siguiente á continuar sus debates; se les niega la entrada; el presidente extiende una protesta escrita; entre tanto, los más fogosos pretenden celebrar sesión bajo los balcones mismos del palacio real. Uno propone reunirse en el salón destinado á juego de pelota; todos lo acuerdan, y se encaminan allí.

El salón es largo y capaz, pero está demantelado; no hay siquiera asientos; el presidente rehusa un sillón que le ofrecen; allí, todos de pie, comienzan las deliberaciones. Comprenden la gravedad de la situación; lo que están cumpliendo es un acto de rebelión contra la voluntad del rey, que les ha mandado no reunirse. Preven que tras aquel choque puedan venir otro y otros; quién sabe si se pretenderá emplear la fuerza contra ellos, quién si se enviará algún regimiento á disolverlos; pero eso no debe suceder; hay que apresurarse á evitarlo. Ellos llevan en el alma grabado un mundo; han venido á librar á Francia del despotismo, y es fuerza cumplirlo. No deben perderse los instantes; están reunidos ahora, y pueden no estarlo mañana.

A los batallones con que se escuda el poder real, no pueden oponer otros batallones; no tienen más fuerza que la que sienten vibrar dentro de su ser; pero abrigan la conciencia de que aquella fuerza es inmensa, saben que llevan la soberanía verdadera, la que confiere la representación del país, y nace en ellos espontáneamente la idea de oponer esa soberanía á la soberanía ficticia del rey, á esa soberanía que un zurdidor de ideas, el Sr. Cánovas, ha querido representar como producto de una falaz constitución interna. Ya veremos, ya veremos la cuenta que dan los diputados franceses, sin contar con un solo soldado, de aquella constitución interna de la Francia sostenida por la preocupación interna y por la fuerza brutal. Pero sigamos; los representantes del tercer estado, que están seguros de llevar dentro la verdadera soberanía, que saben que la del rey ó cualquiera otra no puede prevalecer contra ella, tienen la iluminación súbita de hacerla visible ante el país por medio de un acto solemne; uno de los representantes propone realizar en aquel mismo instante un juramento común de no separarse hasta no dar una constitución á la Francia.

Nótese bien la trascendencia inmensa de aquel acuerdo. Suponía la afirmación categórica de la soberanía completa de la Asamblea. La voluntad del rey no era tenida para nada en cuenta; antes bien, se comprendía que el juramento iba directamente á atacar aquella voluntad. En la prevision de que el rey pudiera atentar á la Cámara, los diputados hacían constar de un modo fehaciente que se atacaba en ellos á la voluntad nacional que representaban. Era un acto enteramente revolucionario, llevado á efecto: una soberanía nueva se alzaba en Francia, y la vieja del monarca caía en ruinas.

Todos comprendieron la trascendencia de la resolución; pero como la alimentaban en su alma, como era el sentido que traían al admitir los poderes de sus representantes, la aceptaron calorosamente.

El anciano y respetable presidente, Bailly, una vez acordada la fórmula del juramento, la pronuncia con palabra clara y reposada: «Jurais solemnemente,—dice,—no separaros nunca y reuniros donde quiera que las circunstancias lo exijan, hasta que se establezca la constitución del reino, y quede asegurada sobre fundamentos sólidos.—Lo juramos,» contestan los representantes á una voz, dirigiendo sus brazos hacia el presidente, que recibe su juramento con noble y serena actitud.

Si pagaba por aquel acto la monarquía, la Revolución estaba realizada; la afirmación de la soberanía nacional por encima de toda otra, era un hecho consumado. La monarquía pasó por ello; el juramento de la sala del juego de pelota representa, pues, el más grande acto revolucionario.

Los que vienen después no son sino la sanción del triunfo conquistado en aquel día y lugar memorables. Lo que acontece inmediatamente al reunirse los tres estamentos bajo la presidencia del rey para oír de éste la fórmula que pretendía imponerles, fué la primer consecuencia. El rey, al celebrarse aquella sesión, reconvinó al estado llano, que le escuchó con gesto de mal encubierto enojo. Terminado el discurso del rey, sale del local y ordena que lo despejen los diputados. El tercer estamento se mantiene, sin embargo, en su puesto, y comienza á deliberar sobre lo que acaba de oír. El rey lo sabe, y azuzado por los cortesanos, manda de nuevo despejar el salón. El marqués de Brezé, su gran maestro de ceremonias, penetra en el local á cumplimentar la orden del monarca; dirígese al presidente, y le dice: «No habeis oído las órdenes del rey?—Sí, contesta Bailly; voy á tomar las de la asamblea.» El cortésano queda ante esta contestación suspeso. Júpiter revolucionario sale entonces de entre los bancos, se adelanta, encárase con el cortésano, y pronuncia estas palabras sublimes: «Decid á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo y que no se nos arrancará sino por la fuerza de las bayonetas.»

Estas palabras del inmortal Mirabeau son el complemento del juramento del juego de pelota: son el reto personal de la nueva soberanía á la soberanía vieja. Esta quedó humillada, hundida en el polvo.

¿Y hay quien quiera resucitarla? ¿Y hay quien se vista todavía de lucayo para darle brillo?

Esto matará á aquello, ha dicho el iluminado. El juramento del juego de pelota afirmó una soberanía nueva en el mundo de los hechos, y la frase del poeta se cumplirá totalmente en este punto. En vano es que queráis poner puntales al viejo edificio, del que no quedará ni poivo.

La sala del juego de pelota es más que un santuario de la patria francesa, es el santuario de la soberanía nacional de todos los pueblos.

¡Gloria inmortal á la Francia y á sus augustos representantes que juraron constituir la conforme á la razón y á la justicia en el salón del juego de pelota!

DEMÓFILO.

Veinte millones de católicos.

«Si, señor, la nación española es toda ella eminentemente católica: cerca de veinte millones de habitantes profesan esta religión; el culto protestante no ha podido aclimatarse en este suelo, sembrado de sesenta y cinco catedrales, muchos institutos piadosos, muchas colegiatas, treinta mil parroquias, doble número de ermitas y oratorios, más de quinientos conventos y unos cincuenta mil eclesiásticos, sin contar el inmenso número de frailes, monjas y beatas. Doscientos millones, al parecer, y en realidad mucho más, emplea el Estado en sostener el culto; pero es más del cuádruplo lo que la piedad particular gasta en el sostenimiento del catolicismo. La herejía liberal, suma y compendio de todas las herejías, no ha podido, á pesar de grandes esfuerzos, hacer mella en la fe de nuestros mayores, que se conserva intacta, salvo pequeño número de incrédulos, en apariencia muchos, porque gritan desafortunadamente.»

Esta es la obligada cantinela de los católicos de todos matices, con la cual pretenden servir de rémora á toda reforma, so pretexto de que hiere el sentimiento católico de veinte millones de almas, cifra abrumadora con que quieren apasarnos. Pero hay motivo para sospechar que esto, lo mismo que las virtudes y la ciencia del episcopado español, la santidad de la vida monacal, la ilustración del clero, ó los progresos del catolicismo en tal ó cual país protestante, y la decidida afición de todos los españoles á las corridas de toros, es más ficticio que real, y vamos á probarlo. Ante todo, y para evitar confusion, conviene dejar sentado que sólo es católico, apostólico romano el que, teniendo uso de razón (á los siete años concede la Iglesia condición tan eminente), cree todo cuanto enseña la Iglesia romana, sin dudar de cosa alguna; y lo contrario de esto se llama herejía, estado del espíritu que, excluyendo del catolicismo al individuo, le priva de la eterna salvación, bastando para ello no creer ó dudar con insistencia de una sola verdad, la menos importante; y si esta duda ó negación se expresa de palabra, ó

por escrito, constituye lo que llaman los teólogos herejía mixta de interna y externa, crimen mayor que el parricidio, porque de éste puede absolver cualquier obispo, y de aquélla no puede hacerlo el mismo Papa.

Sentadas estas premisas, procedamos con orden, empezando por la fe, que es el fundamento de toda la religión, y afirmamos rotundamente: la fe católica, en toda su integridad, apenas la profesan en España mil personas. Los demás, implícita, ó explícitamente, son ateos, racionalistas ó herejes. Observad cuidadosamente á los católicos fervientes que llenan los templos, y oiréis á cada paso: «yo soy buen cristiano; pero, francamente, es de la infalibilidad, sea *ex cathedra*, ó sea como quiera, no puedo con ello, y vamos, no puedo; en mi tiempo no existía, y éramos buenos.»

Si á unos repugna este dogma, otros os dirán que no pueden pasar por la confesión; éstos, que por las crueldades é impurezas bíblicas; aquéllos no pueden creer en las penas eternas del infierno; quién dirá que no puede tragar el *Syllabus*, que él se cree buen católico, aunque siempre fué constante liberal; tal beata, hermosa y distinguida, que oye asiduamente á éste ó á aquel célebre predicador; con quien también se confiesa, os dirá que no comprende por qué no se habían de casar los curas. Muy pocas madres de familia creen que el estado del celibato es superior al de la maternidad, y esto mismo ocurre con las demás enseñanzas ó preceptos católicos.

Hoyes frecuentísimo oír decir: «No creo en la bula, porque si tengo tres reales puedo comer carne, y si no los tengo, ¿me condenaré? ¡imposible!» Algunos van más allá, y no ven la utilidad del ayuno: los más os preguntarán, ¿Y por qué no reza la Iglesia en castellano, para que lo entendamos: «No os parecen ridículas tantas ceremonias cuyo sentido jamás se nos ha explicado? Sería interminable si consignara aquí las mil especies de disidencias y dudas pertinaces expresadas y defendidas por católicos seglares, y, lo que es peor, eclesiásticos. ¿Quién cree hoy que el Papa infalible puede relevar á los españoles de obedecer á las autoridades, y puede también removerlas ó reemplazarlas? ¿Quién tiene como herejía sostener que la soberanía reside en el pueblo, ó que el Estado tiene facultad de inspeccionar los actos del clero? Pues todo esto es herejía formal, y el que lo sostenga como lo sostienen casi todos los españoles, no es católico; y bajo este exactísimo punto de mira, ni es católico el Gobierno, ni lo son las Cámaras, ni aun el jefe del Estado, ni los soldados que los sostienen, ó los electores que los mandan para que defiendan estos ideales. También es general reprobar y censurar el lujo ó la disipación de la corte romana, sostenido á costa de las onerosas dispensas matrimoniales, la holgazanería de los canónigos, frailes y monjas, y la avaricia del clero.»

Hasta aquí la herejía de casi todos los españoles, pecando por defecto, porque hay otra especie de ella que peca por exceso, afirmando creencias que la Iglesia no afirma, esto es, la superstición cuando es obstinada. Casi todos los católicos que no han cursado teología creen, confiesan y afirman, contra todos los teólogos habidos y por haber, que el pecado de Adán fué conocer carnalmente á Eva, y que por eso es *original*, por cuya razón Cristo no nació de mujer concuada; y que el dogma de la Concepción Inmaculada significa que la madre de Cristo no fué engendrada por obra de varón.

Las señoras, sobre todo, están unánimes en esta creencia con tal ahínco, que el que esto escribe fué en cierta ocasión arrojado de una reunión por afirmar lo contrario. Pues bien: lo contrario precisamente es la doctrina de la Iglesia, y la creencia de las señoras españolas es pura y simplemente la herejía de Cornelio Agripa, condenada por Papas y concilios, y sostenida tenazmente por casi todos los católicos, lo mismo que otras supersticiones que sería largo referir, y que la Iglesia ha sido impotente para desterrar. En una palabra: hace años que busco un ejemplar del verdadero católico creyente en todo cuanto enseña la Iglesia, creyente, aunque fuese de mala conducta; he creído hallarlo algunas veces, ya en monjas, curas, seglares ó beatas; pero cuando lo había tratado dos meses con cierta intimidad, acababa por decirme en confianza: «aquí, para *inter nos*, no creo en esto, lo otro, ó lo demás allá.» ¡Ilusiones perdidas! El ejemplar apetecido no lo he hallado jamás. Hasta un obispo me decía en un rato de expansión las muchas cosas del

cristianismo que no podía tragar. Este es, y estoy dispuesto á probarlo con toda extensión, el estado de las creencias. Todo el mundo es hereje, y siéndolo, discrepando sobre la más insignificante afirmación dogmática, inútil es, entendido bien, católicos de goma, inútil es creer en lo restante del dogma y la moral; inútil confesar, comulgar, asistir á misa, ser mayor domo de ésta ó la otra cofradía: no estais dentro de la Iglesia, no sois católicos: ó todo ó nada; no cabe solución intermedia.

Ya oigo el clamoreo de la catolicalla carlo-alfoncina gritando: ¿quién es el pueblo los templos? ¿No están concurrencias las procesiones y las cofradías? ¿No tienen auditorio los predicadores, ó no se ven los libros piadosos? La contestación á estas preguntas acabará de evolucionar el estado de completa descomposición en que se halla el cristianismo, y también que España, la nación protocatólica, es acaso el país más irreligioso de la tierra. Pero esto merece otro artículo, que no se hará esperar.

CONSTANCIO MIRALTA, presbitero.

LA GUERRA.

(Continuación.)

Esta brusca interpelación produjo en Juan el efecto terrible del precipicio que surge á los pies del desprevenido caminante. El espanto de su espíritu, sorprendido en tan agradable ensueño, no reconoció límites. Tornóse lívido, quedóse extático. La borrica, como contagiada del estupor de su dueño, se paró en el acto, cual si las palabras del sargento la hubieran petrificado.

El miedo anudó la garganta de Juan, y le impidió por el pronto responder. Difícil es que hubiera entendido la pregunta; de cierto que entrevió inmediatamente que, al tropezar con los soldados, había dado de cabeza con un obstáculo fatal é invencible, que se colocaba de pronto entre él y los pensamientos que su mente iba acariciando.

Aunque grande su terror, la repugnancia que le inspiraron los soldados que veía á su frente y el ansia que sintió de hallarse fuera de aquel lugar, para él fatalísimo, le inspiraron una resolución instantánea, y, tirando del ronzal á la borrica, la hizo dar media vuelta, y echó á correr en dirección al molino.

De nada le sirvió su rústica estrategia. La borrica, sirviendo lealmente las intenciones de su amo, salió escapada; mas los soldados corrieron tras ella, y no necesitaron esforzarse mucho para alcanzarla, pues otros cuatro de las avanzadas que iban por las lomas, habiendo ya bajado al camino, pararon sin dificultad la cabalgadura del asustado molinero.

Al verse imposibilitado de huir, y rodeado de aquellos hombres armados que le interpeaban con dureza, el pobre mozo rompió á llorar, exclamando con débil voz entre profundos sollozos:

—¡Ah, señores militares! ¡Yo no sé nada de lo que me preguntan: no soy cristiano ni carlista: soy el molinero del Bado, el hijo de la tía Manuela, que voy al mercado de M... y llevo dos fanegas de álaga al señor Agapito. Déjenme, por Dios, pasar, que tengo prisa; me esperan mi tío Pedro y Petronila. ¡Dios mío! ¡Qué sé yo si han pasado por aquí los carlistas!

—No flores, colton, gritó un soldado, que nadie te maltrata. Responde como es debido á lo que te pregunté el primero.

—¡Vaya una gente la de esta tierra! añadió otro con marcadísimo acento catalán; á nosotros siempre nos lloran, y siempre rien á los carlistas.

—Vamos, muchacho, contesta, exclamó el sargento, y déjate de floraciones: ¿has visto pasar esta noche ó ayer tarde tropa por estos alrededores?

—No, señor, no; yo no he visto nada. Ayer estuve todo el día en el monte haciendo leña. En el molino se puede ver la carga que traje en mi borrica. En seguida que llegué, cené, recé con mi madre el rosario, y me dormí, porque tenía que madrugar hoy para moler este trigo y traerle al mercado.

—Ya ve V., mi primero, interrumpió un soldado: éste, como todos, nada ha visto que se parezca á una borrica, pero no dejará una noche de rezar el rosario.

ser camaradas muchos días, y ántes que tú vuelvas al molino ya habrá llovido.

—Pero, Dios mío, gritó desesperado Juan: ¿qué he hecho yo para que me cojan y me lleven estos señores militares? ¿Yo quiero volver con mi madre! ¿Yo quiero ver á mi Petronilla!

La angustia que se retrataba en el desencajado semblante de Juan, no excitó entre los soldados compasión alguna, ántes por el contrario, provocó la hilaridad burlona de la mayor parte de ellos.

—¿Que quiere irse con su madre! ¡Já, já, já! Yo también lo quiero, y lo quiero éste, y lo quiero aquél, y lo queremos todos, inocente! ¿Que quiere ver á su novia! También nosotros lo queremos. ¡Pero como si no lo quisieras! Aquí no hay más madre ni más novia que el fusil al hombro, la alpargata rota al pie, la mochila á la espalda y *tarará, tarará, tarará*, anda que te andarás tras los carlistas: tiros hoy, tiros mañana, tiros ayer: mal rancho, peor alojamiento, mucho frío, mucho calor, guardias, centinelas, alguna paliza, baquetas si te descuidas, y un ojal en la cabeza si no te agachas listo cuando te ves apuntar.

A esta iniciación terrible y descarnada de la vida militar, Juan sintió frío en todo el cuerpo, y helárasele la raíz de los cabellos. La transición de su feliz ensueño á la realidad había sido tan brusca como un desplome en el vacío. El llanto más amargo asomó á sus ojos, las lágrimas le impidieron ver aquella loma fantástica, en que su imaginación había entrevisto un paraíso para aquella tarde. Echó pié á tierra, se abalanzó al sargento, se arrodilló á sus piés, y abrazándole las rodillas: —¡señor, señor! le dijo: por la Virgen Santísima, no me lleve; déjeme volver al molino; si yo falto, mi madre, que es viuda y sola en el mundo, se morirá de pena y de hambre. Si esta noche, á las oraciones, no me ve volver cuando salga á esperarme, como siempre, al recodo del camino, echará á correr á M., y cuando sepa que me han llevado los soldados, se volverá loca de dolor. ¿Qué falta le hago yo al rey? ¿No tiene bastantes soldados? ¡Señor, señor, por piedad!...

El sargento se sintió conmovido, y los soldados no pudieron ménos de respetar aquel dolor tan ingenuamente expresado. Todos recordaron á sus madres respectivas, que, lejos de aquellas montañas, envejecían doloridas por su ausencia. Pero estos sentimientos tiernos pasaron pronto en aquellas almas endurecidas con el diario espectáculo de la guerra, que no deja lugar en el corazón para los afectos delicados.

—Levanta, muchacho; déjate de lloramicos y de súplicas inútiles, dijo el sargento, tratando de ocultar con lo adusto de la entonación la dulzura de su pensamiento. ¿Por qué te apuras? La vida de soldado no es mala; ya te acostumbrarás á ella, y entonces la preferirás á la de molinero.

—¡Ay, madre mía, madre mía! gritó Juan: ¿qué va á ser de tí?

—Basta de voces y de tonterías, exclamó el sargento. Echa andar delante, y procura no extraviarte ni apartarte de nuestro lado, suceda lo que suceda, si es que verdaderamente quieres á tu madre. La orden no tiene réplica: todos los mozos que hallemos hay que guardarlos para que no se aproveche de ellos el enemigo. En mala hora te levantaste esta mañana. —¡Eh! continuó: tú, Lito, coge del ronzal esta horrica, y media vuelta todos á retaguardia.

Este lenguaje enérgico concluyó de abatir á Juan, que empezó á andar, encerrado en sombrío silencio. Lágrimas de supremo dolor, surcando sus mejillas, llegaban á sus labios amargos y candentes. Se imaginaba presa de una pesadilla horrible: se creía caminando hacia el infierno, de que no hay esperanza de volver: la imagen de las torturas infernales, únicas de que había oído hablar, envolvía su espíritu y le cegaba de dolor. Su madre, Petronilla, su tío Pedro, el molino, el pueblo... todo se le presentaba en luz inaccesible desde su sombra. Levantaba los brazos, alzaba los ojos, lanzaba el alma entera hacia aquel cielo, pero sólo conseguía torturarse sin resultado: aquello era para él lo imposible.

Los soldados no le molestaron por un largo rato, que fué para él de angustia indescriptible, sólo comparable á la del pájaro de continuo libre y señor de los aires, que de pronto, al dirigirse cantando hacia el nido, cae en la red traidora, de que en vano relucha por escapar.

Una hora llevaban de andar en silencio, cuando Juan, saliendo, al hacer alto los soldados, del mutismo en que le había sumido su dolor, se halló á la entrada de M. Pararon precisamente cerca de una ponteja en que confundían dos caminos, sitio en que ordinariamente solía separarse de su tío y de Petronilla los juéves cuando, después del mercado, volvían todos á sus respectivas aldeas. Esta circunstancia punzante avivó su dolor y aumentó su abatimiento. Con mirada atónita contempló el recuesto que conducía á la plaza, por donde subían algunos aldeanos, alegres y celebrando la llegada de la tropa, que les proporcionaría buenas ventas. En su amargura, á la vista de estos lugares para él tan conocidos, sintió un ansia violentísima de libertad, y, dirigiéndose á un grupo de oficiales, que había al lado de la ponteja.

—Señores de mi alma, les dijo, por la Virgen santísima, díganle á este señor

sargento que me deje ir á mi quehacer en el mercado. Yo no sé nada de carlistas. Mi pobre madre se va á morir de pena si no vuelvo esta noche al molino.

—¿Qué dice este muchacho, sargento? exclamó un capitán: ¡qué es lo que reclama?

—Mi capitán, contestó el sargento, hemos hallado este mozo á cosa de una legua, y le hemos recogido, según la orden de anoche.

—Está bien. ¿Se han visto fuerzas enemigas? ¿Habeis notado alguna huella de su paso, ó adquirido alguna noticia de importancia?

—Nada, señor. Las primeras avanzadas están á más de una hora. Nada se ha visto ni averiguado. Cuantas personas hemos encontrado, nada saben del enemigo.

—Está bien. Este mozo le dejas aquí, para que se una á los que ayer se han recogido y vienen un poco más atras.

—Señor, pero si yo no soy militar, ni me toca todavía entrar en quinta, y además mi madre es viuda! replicó Juan. ¡Señor, que yo soy molinero y voy al mercado!...

—No importa, muchacho; todo eso lo alegrarás á su tiempo. Ahora te entregarán á la compañía que está encargada de la recluta, y procura calmarte y aprender el oficio.

RAMON CHIES.

(Se concluirá.)

Barro monárquico.

Del más genuino representante de los izquierdos, de *El Norte*, órgano de Moret, refiriéndose á uno de los debates últimos del Congreso:

«El debate de ayer puede tomarse por modelo y norma de cuantos mantienen conservadores y fusionistas.»

«Y el modelo es como sigue: en cuanto unos y otros columbran la ocasión de pelear, hacen buena provision de lodo, se sítian en sus bancos respectivos, colocan en medio del hemicycle las instituciones, y lo demas cualquiera lo adivina. Por cada pelotazo de barro que reciben los contendientes, reciben las instituciones una docena.»

Después de estas manifestaciones categóricas acerca del respeto que inspira la monarquía á los que se dicen sus más fervorosos partidarios, sólo aquellos que tienen el pensamiento perezooso y se niegan á ponerlo en ejercicio, pueden dudar del triunfo próximo, inmediato, infalible, de la República.

Es precisamente la monarquía una institución que vive sólo de la adhesión personal de hombres y pueblos. Es necesario creer, para que la monarquía tenga arraigo, que el monarca está compuesto de moléculas superiores, que circula por él una sangre excepcional por virtud de la cual obtiene el derecho especialísimo, superior al del resto de los ciudadanos, de ejercer la primer magistratura del Estado. Así en Oriente, de donde viene esta concepción, se ha creído que el monarca está compuesto de partículas sagradas.

¿Falta esta concepción en el pueblo? Falta la monarquía. En vano es que las leyes escriban preceptos que no se viven en las conciencias.

Ahora bien: la declaración del periódico á que nos estamos refiriendo es una verdad conocida de todo el mundo. La irrespetuosidad de la prensa conservadora con las llamadas altas instituciones, ha llegado al delirio, según demostración de sus mismos periódicos.

El *Estandarte*, diario conservador, se ha complacido estos días, cuando circulaban las más escandalosas noticias, en recordar los monarcas más célebres por su disolución y malas costumbres. *La Política*, periódico de igual partido, ha pasado delante de elevados ojos el cadáver ensangrentado de Maximiliano. De su parte, los periódicos fusionistas ofrecían á los mismos ojos á Carlos I, decapitado, y á Luis XVI, guillotinado, allí cuando querían hacer ruido para que se les entregase el poder.

¿Tienen los neo-monárquicos más respeto á sus altas instituciones? Vedlos aprovechar la primera ocasión que se les ofrece para presentar al país esas instituciones en un hemicycle, rodeadas de sus propios partidarios, apedreadas con pelotas de barro.

Si los únicos partidarios de la monarquía muestran ese respeto hacia ella, ¿cómo es posible que esa institución se sostenga?

Si los neo-monárquicos creen lo que dicen, y reflexionaran sobre ello, no huirían avergonzados á esconderse donde no les vieran las gentes, después de hacer pedazos sus plumas, puestas al servicio de la monarquía desde hace poco tiempo, so pretexto de que el país era monárquico? Pues si los conservadores y los fusionistas embadurnan de barro á las instituciones, si se muestran tan despiadados con ellas, ¿dónde está aquí la opinión monárquica de que habeis hablado, señores izquierdistas, alegándolo como motivo para apostar de vuestras antiguas ideas republicanas?

Ese barro, señores monárquico-democráticos, con que decís apedrear á vuestros ídolos que se llaman copartidarios vuestros en monarquismo, os salpica el rostro, recordándoos vuestra burda torpeza.

No hay duda, no, para el que tenga ojos, que la monarquía es una institución muerta en las conciencias, y que se mantendrá sólo y exclusivamente hasta

tanto que la opinion republicana se organice y dé pruebas, con actos ostensibles, que está preparada para gobernar.

Por eso no nos cansamos de decir que es de todo punto indispensable organizar esas fuerzas, enlazarse de algún modo todos aquellos espíritus patrióticos y levantados que quieren para la patria un gobierno independiente y libre, donde todos, absolutamente todos, tengan iguales derechos.

¿No temblais, hombres que conserveis un resto de patriotismo, que esas instituciones que nuestros adversarios nos pintan apedreadas con barro, vengan al suelo bajo tan sucio impulso, ántes de que estemos organizados y podamos ofrecer á la patria una sólida, seria y firme dirección?

NOTAS DE ESTUDIO

SOBRE LA SANTA BIBLIA

X

Exodo se titula el segundo libro de la Biblia, nombre chocante y raro, que daba á significar esta palabra *salida*, ó más propiamente *escapatoria*, porque quien sale de un país del modo que salieron los israelitas de Egipto, más que salir, lo que hace es escaparse.

Comienza este libro, cuya estrepitosa celebridad es debida á contener los más estupendos milagros que haya podido inventar la humana fantasía, y el más insignificante Código moral que ha dictado la conciencia, con la reseña número 4 de los hijos de Jacob, los cuales nos dice que se murieron, así como sus hijos, nietos y biznietos, y el Faraon que tuvo á José por intendente. De aquellos doce pastores de cabras y ovejas descendiendo un pueblo que á los cuatrocientos treinta años *llena la tierra*, según la retórica bíblica, y se hace, según la misma, mayor y más fuerte que los egipcios; afirmación vana y ridícula al frente de un libro cuyos capítulos todos respiran un miedo cerval de los israelitas hacia los hombres de guerra de los Faraones.

Signe á esta patriotería del autor un diálogo corto del rey egipcio con su pueblo, sumamente chusco, y al diálogo la resolución faraónica de recargar la esclavitud de los hebreos para impedirles prosperar. *Empero*, añade, *cuanto más los oprimitan, más se multiplicaban y crecían*; máxima en que debieron empaparse los grandes déspotas, y que entregamos á la meditación de los sociólogos modernos.

Mas viendo los egipcios que el agravarlos el trabajo, como, por ejemplo, negándoles la paja con que cocían los ladrillos, sin disminuirles el número de éstos que se les exigía, no daba resultado, llama el Faraon á las señoras parteras de las hebreas, cuyos nombres eran Séfora y Fua, y, deponiendo la gravedad propia de su condición de rey, les habla á la pata llaña, y les ordena la siguiente monstruosidad:

«Cuando partearéis á las hebreas y miráreis los asientos, si fuere hijo, matadlo; y si fuere hija, entonces viva.»

Estas palabras son una vil mentira: no se concibe un rey, ménos un Faraon, capaz de esta orden. La historia antigua, que nos da cuenta de tantos horrores, no señala uno parecido que tenga vislumbre de auténtico. La orden, claro es, no se lleva á cabo, como que jamas se dió.

Las parteras, llamadas por el faraon, que habla con ellas como de igual á igual, mienten como unas bellacas, acción indigna, que recompensa Dios *haciéndoles casas*. Esta mentira premiada por Dios, no es la única que encontraremos en la Biblia: ya hemos visto mentir á Raquel y á Tamar: ahora les toca el turno á Séfora y Fua. Y esto es lógico: un disparate trae otro. Al disparate histórico de la orden faraónica no podía seguir otra cosa que el disparate moral del premio de la mentira, la más baja acción del alma humana, que al mentir se niega á sí misma.

Faraon, á quien se quiere pintar cruel y horrible, y sólo consigue el autor mostrar como tonto de remate, viendo que las parteras no le han obedecido, las deja tranquilas gozar de las casas que les había hecho Dios, y manda á los hebreos que tiren al Nilo todos los chicos que les nazcan, y se queden solamente con las muchachas.

Esta nueva invención sólo tiene por objeto rodear de poesía, un tanto terrorífica y acuática, el nacimiento de la más grande personalidad del pueblo israelita, hombre colosal, digno de eterna memoria y admiración: Moisés.

En la antigüedad era corriente rodear la cuna de los grandes hombres de circunstancias admirables, preparadas ó consentidas por la divinidad. Alejandro se cuenta que nació del trato de su madre con un dios en forma de serpiente. Rómulo, entre los romanos, se tuvo por hijo de un dios igualmente. *Et sic de caeteris*.

Los hebreos, más racionales en esto que griegos y romanos, hacen nacer al fundador de su pueblo como se nace de ordinario, de una mujer casada con un hombre, ambos de la tribu de Leví. Pero poetas también á su manera, quiero decir, de una manera distinta que los autores clásicos, rodean el nacimiento de Moisés de fábulas. ¡Hermosa fábula en verdad, que ha inspirado magníficas estrofas!

Subsistía el terrible decreto de echar los chicos al Nilo. Ciertamente ningún versículo nos dice que el decreto se cumpliera, cuando viendo la madre de Moisés que su niño era monfísimo (si hubiera sido feo la hacemos el honor de suponer que hubiera obrado del mismo modo), le tuvo oculto tres meses, al cabo de los cuales hace una arquilla de juncos, la calafatea perfectamente con pez y betun, lo que demuestra la venerable antigüedad de estos dos pegajosos ingredientes, y la pone en un carrizal á la orilla del río. Una hermana del abandonado niño atisba desde lejos la arquilla, temblándole sin duda el corazón por temor de que algún cocodrilo se almorzase al expósito, cuando hete aquí que una señora princesa, hija de Faraon por supuesto, baja á bañarse al río, como si no tuviera baño en casa, ni miedo á los tiburones.

Al divisar la arquilla, manda la princesa á una de sus doncellas que se la traiga, ábrela, y, oyendo llorar al niño, se conmueve y le recoge. Mas ¿quién le va á criar? Aquí de la hermana puesta de centinela, que se presenta á la princesa y le ofrece un ama de cría hebrea. Y, en efecto, la hija de Faraon, que sospecha que el expósito es hebreo, riéndose de la orden terrible de su papá, da á criar aquel niño á su propia madre, que de este modo se encuentra con su hijo y con las pesetas de la hija del rey infanticida. Crece el chico, la madre lo lleva á la princesa, ésta le prohija, y le impone el nombre de Moisés, con que pasará á la más remota posteridad.

Declaro que encuentro sumamente bella esta fábula para una oda, y que, en medio de ser fábula, algo enseña de útil, á saber: que Moisés, el caudillo y legislador hebreo, fué educado por una princesa egipcia, lo cual en plata significa, para mí, que este varon insigne aprendió del pueblo egipcio, el más adelantado é inteligente de aquella remota edad, cuanto ciencia este pueblo poseía, infiltrando más tarde entre sus compatriotas los principios de estas ciencias, reformados por su particular criterio personal y de raza sobre la divinidad. El gran principio del monoteísmo, que sirve de fundamento á su doctrina moral, heredó de su pueblo: la base teocrática que dió á sus constituciones, procede, indudablemente, del Egipto, en que nació y se educó.

Moisés es uno de esos hombres de luz que marcan época en su pueblo y en la humanidad entera. Su educación egipcia no le hizo olvidar su origen israelita, ni las riquezas y opulencias de los palacios le corrompieron; antes exacerbaron su ánimo contra los que para obtenerlas agobiaban con mil vejaciones á sus infelices compatriotas.

Hombre entero y de bríos, viendo un día apealeado á un israelita por un capataz egipcio, no pudo llevarlo en calma, y hallándose á solas con el agresor, lo acomete, lo mata, y para horror las huellas de su delito, le entierra en la arena. Y como no trato de desconocer la grandeza de Moisés, paso de largo sobre este homicidio suyo, que es su primer hazaña, homicidio que reviste todos los caracteres del asesinato. Tomémoslo á hervor de sangre moza, calentada por una acción perversa, y que Dios nos guarde á los demas de estos hervores, que conducen en el día, al más pintado, al Saladero primero, y á Ceuta un poco más tarde.

Ve otro día reñir á dos hebreos, y reprende al agresor. Aquí se revela el futuro legislador; mas el reprendido le contesta despreciándole y manifestándose enterado del asesinato del egipcio. Moisés, atemorizado, por conocer su delito, huye á tierra de Madian, á Oriente.

En Madian hace conocimiento con un sacerdote, se casa con una de las hijas de éste. Largos años pasa apacentando en la soledad los ganados de su suegro, y en estos años, en su alma meditativa y de profunda penetración, debieron surgir los grandes y trascendentales pensamientos que más tarde realizó. Uno sobre todos se apoderó de su espíritu: la unidad de Dios. Concibiólo como *el ser*, dióle el nombre de Jehová, fúvole por el Señor, el soberano de los cielos y de la tierra. Al dominio de este Ser todo está para Moisés sometido, lo mismo el cielo que la tierra, el mar que los hombres, los astros que los ídolos de los demas pueblos.

El fin del hombre en la tierra es glorificar á Jehová, según Moisés. Jehová, padre de todos los pueblos, ha elegido, sin embargo, al pueblo hebreo para que le sirva, y tiene la magnanimidad de dictarle los preceptos ó leyes que al efecto debe practicar, por intermedio del salvado de las aguas, con quien habla boca á boca.

Con estas ideas, maduradas en largos años, Moisés se imagina el predestinado á fundar una nación predilecta de Dios, justa y fuerte. Ve á su pueblo en la abyección de la servidumbre egipcia, plagado de idolatrías, envilecido por la ignorancia y el forzado trabajo, y, ante todo, comprende que es preciso arrancarle de aquellas fatales condiciones, llevarle por largos años á la soledad del desierto, donde se regenere y discipline, para hacerle caer luego sobre alguna tierra de conquista en que se establezca y realice sus ideales.

¿Cómo un infeliz pastor podrá acometer tan gigantesca empresa? Rodeándose de misterio, imponiéndose por la magia á la muchedumbre, haciéndose servir por

la elocuencia, diciéndose el representante y revelador directo de los mandatos de Jehová. Fiel á su propósito, se dedica á fabricante de milagros: hace que parezca arder una zarza, que con meter y sacar la mano en el pecho, ésta parezca leprosa ó sana; una vara se convierte en serpiente, y cuando va se cree bastante adiestrado en estos ejercicios, que hoy han quedado, con otros mucho más difíciles y sorprendentes, relegados á la arena de los circos ecuestres, sale de Madian para Egipto, con su esposa y su hijo, decidido á sacar á su pueblo del cautiverio ignominioso de los egipcios.

EDUARDO DE RIOFRANCO.

MEMORIAS DE UN CLÉRIGO POBRE

(Continuación) (1)

En esta historia todo es bueno, hombres y cosas: lo más que se concede, es algo ménos bueno, dentro de la Iglesia, y si algo desentona de este cuadro, el espíritu humano y la naturaleza son la causa. No podía ser, y no era en verdad, muy pura la moral que engendraban estas enseñanzas; moral extravagante, torcida y extraviada, mezcla de casuismo, liturgia y derecho canónico y natural desfigurado, muy propia para mistificar y aun aniquilar el sentido moral, deformando las inclinaciones naturales, con apariencia de corregirlas. ¿Y qué mejor preparación que el dogma? El jóven que sólo por una argumentación la más fútil queda convencido de que Dios condenó á la humanidad entera á los mayores males, porque un hombre se comió una fruta, cuyo crimen tanto le ofendió, que nadie podía satisfacer su enojo, sino otro Dios, y para ello formó El mismo la más grosera amalgama de Dios y hombre, lanzándola á la tierra, no al instante, para evitar atroces dolores á una posteridad inocente, sino cuarenta siglos después, y engendrada de una vírgen, en odio sin duda á la naturaleza, que fué su obra, y en medio de un pueblo escogido, porque sí, de entre la humanidad condenada; el que crea que paren las vírgenes, que los cetáceos arrojan vivos los hombres que se han tragado tres días ántes, y que un hombre, sin dejar de estar en el cielo, puede contenerse todo entero en una oblea, y simultáneamente del mismo modo en otras mil, ó que Dios nos ordenó las horrosas hecatombes bíblicas, y lo que es peor, que el mismo que á los que *ha de salvar* los salva sin mérito alguno, acostumbra enloquecer á los que ha de perder, para que viendo no vean, ni oyendo oigan y se conviertan obligándole entoces á salvarlos: este creyente, pues, ¿cómo ha de comprender luego el derecho y la justicia que emanan de la misma naturaleza humana? Aceptará sin protesta una moral que, cual la escolástico-católica, sostiene que la sodomía ó el homicidio son menores pecados que la blasfemia de un carretero, ó la disidencia religiosa de un peiodista; que el seducir á una jóven es sólo pecado mortal no muy grave, pero el tremendo delito de beber agua ántes de comulgar merece, y lo tiene señalado, una excomunión. No le parecerá odiosa la obligación en que está cualquier católico de denunciar á la autoridad al mason ó carbonario, al hereje ó la bruja, al autor del libro prohibido, y no sólo á éstos, sino á los sospechosos, aunque sean nuestros amigos, aunque les hayamos jurado no delatarlos, ó no podamos probarles el delito y sepamos que vamos á causar la muerte á ellos ó á sus familias; en fin, aunque se hayan enmendado ya, ó lo que es el colmo de la ferocidad, aunque hayan muerto.

Mas donde lo inmoral alcanza su límite, es al tratarse del matrimonio, el último y ménos digno de los Sacramentos, *el Sacramento espurio*, víctima del desden con que lo mira la religion que lo considera como una triste necesidad (así lo dicen los doctores místicos), ó un estado muy inferior é imperfecto. Asco, aversión y asombro causarían en los lectores si yo les presentara aquí en toda su hedionda desnudez las teorías eclesiásticas sobre el matrimonio (2), explicadas en el seminario con tal lujo de detalles y clasificaciones, para justificar prescripciones odiosas, que no respetan el secreto del lecho conyugal, é impedimentos ilusorios, creados para obtener fuertes ganancias, y exornadas con tan cínicos análisis, que, según expresión de los mismos profesores, tales tratados deben estudiarse, como el P. Sanchez escribía el suyo de Matrimonio, con los piés sumergidos en un barreño de agua fría.

Todo está allí clasificado; sobre todo, absolutamente sobre todo, se ha legislado, estableciendo obligaciones odiosas de pagar y derechos de pedir lo que la Iglesia considera una triste necesidad, aunque muy buena para vendida ó negociada. Para muestra, transcribo estas dos pésimas cuartetas, lo más decente del libro de texto, encaminadas á consignar lo que pueden hacer los casados legalmente, si por acaso ántes hubiere alguno de ellos hecho voto indiscreto de castidad ó de entrar en un convento.

(1) Véase el número anterior.
(2) Con el título de *El Sacramento espurio*, publicó un libro que contendrá lo que no puede decirse aquí, descubrirá muchos misterios y servirá de enseñanza para que por el fruto sea conocido el árbol.

Nunca pedir puede el débito Quien tiene el de castidad; Tras bimestre ó consumado Está obligado á pagar. Nunca pedir ni pagar Quien tiene el de religion; Consumado el matrimonio, Adquiere accion y pasion....

Con esto y consignar que uno de los catorce impedimentos que anulan el matrimonio, aun despues de verificado, es el haber sido un contrayente padrino de bautismo de algun hijo del otro, habré dicho lo bastante para dar á conocer lo que es la moral católica. Puedo asegurar, apoyado en larga experiencia, que las almas sacerdotales formadas con tantas doctrinas y ejemplos, acaban por ser almas de cieuo; y si algo noble y grande hay en el clero, es el sacerdote que no acepta en su totalidad la moral ni el dogma, el clérigo despreocupado. Lo probaré á su tiempo.

Cuatro años se pasaban cuando conocíamos algo de estos estudios extraños, los únicos de una gran parte de nosotros; pues conviene saber que hay curas de carrera brevísima, á trompa y talega, que sólo estudian algo de latin, un poco de filosofía y la moral que he descrito. Otros estudian la carrera breve, ó hasta el cuarto curso de dogma, moral ó historia, cual hemos visto; los menos pasan de aquí y estudian aun tres cursos, lo que se llama carrera lata, al cabo de lo cual se puede recibir la licenciatura, y con un curso más el doctorado en Teología. El derecho canónico constituye una carrera aparte, que suele durar tres años. Los conocimientos que en la carrera lata se adquieren, no son más científicos ni perfectos que los apuntados, y observé que no se enseñaban con el ahínco é insistencia del dogma y la mora ni presidía el mayor acierto en el plan de asignaturas; así, por ejemplo, siendo la Biblia uno de los lugares de donde toma la Teología su razon de sér, debiera preceder el arte de interpretar á todo otro estudio de ello deducido, y no es así; la Hermenéutica, es la ciencia de hacer decir á la Biblia lo que la Iglesia quiere, se estudia al fin de la carrera con gran ligereza: pocos sacerdotes conocen la Biblia. La Patrología da una idea incompleta y falsa de la vida y escritos de los apologistas y doctores antiguos del cristianismo. Es ciencia que muy pocos poseen, porque las obras de estos autores duermen en las bibliotecas; y vale más esto, porque el día que se estudien bien, no sé qué va á ser de la Iglesia, tal es el cúmulo de atrocidades y contradicciones que contienen. La disciplina de la Iglesia no puede estudiarse bien, entre otras razones, porque es tanta su extension, que la vida entera de un hombre no bastaría para conocerla medianamente: despues de todo, sucede con ella lo que con los derechos individuales, ó el sufragio en situaciones doctrinarias: no rigen sino en apariencia, y ridiculamente parodiados. La Iglesia no tiene más disciplina vigente que el capricho de los grandes y la opresion de los pequeños.

CONSTANCIO MIRALTA, presbítero.

LUZ Y SOMBRA

Nuestro compañero de redaccion Ramon Chies ha trasladado su domicilio á la calle de las Beatas, núm. 24.

Lo participamos á sus amigos que aún le dirigen la correspondencia á su antigua habitacion de la calle de los Dos Amigos.

Despues del escándalo del proceso Monasterio, parecia imposible que Romero Giron permaneciese un solo día más en el ministerio. Vinieron luego las burlas de Algete, conocidas en toda España, que incapacitaban moralmente al que ocupa el puesto de jefe de la severa magistratura nacional para desempeñar su cargo. Ha venido, finalmente, el último debate, en que se ha visto al ministro de la Justicia dejarse arrastrar por las más enconadas pasiones, y hasta retar de cierto modo á su enemigo el diputado Gonzalez Fiori.

Romero Giron sigue, sin embargo, en el ministerio.

No podemos descender más!

¿Puede consentirse que un ministro desahuce palabras que suenan á reto contra su enemigo, desde el banco azul?

¿Con qué conciencia podreis entónces, tribunales de justicia, condenar á cadena al desastrado hijo del pueblo que, dejándose llevar de la ira, mata á navajazos á su enemigo, despues de exponerse á recibir la misma muerte?

¿Qué derechos superiores tienen aqui los ministros ni los poderosos? Y esto clama tanto más al cielo, cuanto que el pobre es ménos culpable que el rico, porque no ha recibido educacion, mediante la cual haya podido suavizar sus pasiones.

¡Pueblo! Hay que hacer aqui leyes de igualdad y obligar á que se apliquen inexorablemente á los grandes. Ayúdanos.

«¡A real, á real, la papeleta!» Así oimos vocear noches pasadas, á la entrada de un gran palacio que hay en la calle de Alcalá. Penetramos por curiosidad en el local. Se verificaba en él una rifa católica. Jóvenes elegantemente ataviados, niños, mujeres ancianas en no escaso número, todos luciendo plumas y joyas, presidian el acto. Varias jóvenes se adelantaban para provocar á los visitantes á que tomasen alguna papeleta; hermosos niños de voz argentina dejaban salir de sus rosados labios, con aire resuelto, las palabras «¡á real, á real!»

¡Qué lástima, nos dijimos hablando con nosotros mismos; qué lástima que para ejercer la hermosa caridad tengan que ponerse á contribucion otros no ménos hermosos sentimientos! No es contrario al recato y al pudor que deben resplandecer sobre todo en la mujer y el niño, esta descarnada exhibicion? Confesamos que no nos hubiéramos atrevido á presentarnos al público con la resolucion con que veíamos ostentarse á hermosas jóvenes de veinte años, y á niñas de diez ó doce.

Permanecemos largo rato en el local, por ver si se recaudaban grandes sumas; todo lo que recogieron y lo que en vista de ello pudieran recoger en el resto de la noche, no valia el quinto de una sola de las joyas con que iban adornadas algunas de las mujeres ancianas. Con dar aquella joya en secreto, la exhibicion se hubiera evitado. Nos acordamos entónces de las palabras del Cristo en que recomienda que una mano no sepa lo que hace la otra, y salimos murmurando aquellos versos de Rioja:

«¡Cuán callada que pasa las montañas El aura respirado blandamente! ¡Qué gárrula y sonante por las cañas! ¡Qué muda la virtud por el prudente! ¡Qué redundante y llena de ruido Por el vano ambicioso y aparente!

Trátase de la reorganizacion del Cuerpo Administrativo del Ejército, y parece que son muy encontradas las opiniones de la Junta Consultiva de Guerra acerca del proyecto presentado por el ministro.

Es una cuestion gravísima. El Cuerpo Administrativo del Ejército está llamado á manejar las grandes sumas que se aplican al servicio de guerra, y su organizacion se relaciona con la del ejército y con el buen empleo de la fortuna del Estado. Ademas, hay que tener en cuenta derechos respetables de los miembros que hoy forman dicho instituto, al cambiar su organizacion.

Merece, por tanto, el asunto seria y atenta meditacion. No se olvide que en Francia se ha tenido en estudio durante diez años, y eso despues de llamadas á concurso, para que dieran su dictámen sobre él, notabilidades en política, guerra y administracion.

A nuestro entender, esta cuestion grave, que es nacional más bien que política, debia someterse á la discusion del Parlamento. En el lugar de los diputados ó senadores, lo reclamariamos como un derecho; en el lugar del ministro, solicitaríamos el concurso de los hombres de administracion y de guerra del Parlamento, como un deber. Se solicita la aprobacion de los presupuestos, y se desahuce ocuparse de la organizacion de los encargados de formarlos y presidir á su aplicacion.

Esta falta de lógica no se ha cometido ciertamente en Francia, donde la reorganizacion de la administracion militar ha sido naturalmente objeto de una ley.

Leemos en nuestro colega El Liberal:

«Otra noticia más inverosímil: «Todavía es ministro el Sr. Romero Giron.» Si nuestro periódico fuera diario y de la índole del de nuestro colega, todos los días apareceria en cabeza del mismo la última parte de ese suelto con caracteres del cuerpo venticuatro, para que lo pudiera leer cómodamente todo el mundo.

Si hay álguien que pase por hechos de tamaño bullo, la prensa al ménos debe, por cuantos méritos estén en su mano, protestar.

El arzobispo de Tarragona parece que persiste en su digna actitud en contra de los explotadores del catolicismo.

Actualmente hallanse reunidos, bajo la presidencia del arzobispo, los obispos de Tortosa, Lérida, Vich, Seo de Urgel, y Gerona, y los representantes de las sedes vacantes de Barcelona Solsona, y para protestar contra el proceder del director de El Siglo Futuro, Sr. Nocedal.

Tiempo es de que aquellos católicos de espíritu verdaderamente evangélico pongan una muralla entre ellos y los fanáticos carlistas, que sólo sueñan en sumir á la patria en los horrores de la guerra civil.

Ha salido á la superficie una columna de las que trajo á la Cámara el Sr. Sagasta para soportar su situacion: se llama Sr. Feljó.

Este diputado de la nacion habla de que «es melancólico que los hacendados de Colon pidan autorizacion para organizar fuerzas por su cuenta para su defensa,» y se acoge á la proteccion del ministro de Ultramar para que le permita «presentar al vago concepto del señor ministro alguna sintética observacion;» todo ello entre contradanzas de: bajo á escuchar lo que me contesta el ministro; subo á interpolarle de nuevo cuando me toca hablar.

¡Estos soportes tiene la situacion que gobierna á España!

COSAS UNIVERSITARIAS

Sr. D. RAMON CHIES.

Estimado director y amigo: En varios números de su acreditado periódico se ha tratado de la afonia padecida por algun profesor de la Universidad central, y de la constancia en el trabajo de los auxiliares de la misma. Hallaba aquí alivio á su pernicioso padecimiento, en el descanso y el silencio, y éstos se entregaban entre tanto á prolongados ejercicios de fonética, sin que por ello merezcan otra remuneracion que el abandono y el olvido de sus casi compañeros.

Mas no entienda, querido director, que esa Universidad es la excepcion, sino la regla. En Valladolid ocurre lo mismo. Súmense los días de cátedra desempeñados por los catedráticos en la Universidad y en el Instituto: súmense los explicados por los supernumerarios y auxiliares, y habrá un exceso en favor de éstos; exceso que revela la necesidad é importancia de esta clase del profesorado, tan menospreciada en la época de vacaciones, tan trabajada durante el curso académico, y tan olvidada en el periodo de exámenes.

Un dato, dos si quiere: profesor auxiliar hay en esta Universidad que durante los ocho meses que dura el curso, explica diez, porque hay días que lo hace dos y hasta tres veces. Auxiliar hay en el Instituto que durante el mismo tiempo puede hacer constar mayor número de días de cátedra.

Algunos alumnos no han conocido á sus profesores, es decir, cambié impensadamente los términos; algunos profesores no han conocido á sus alumnos.

Sin embargo, todos los males tienen un término, y en esta época de exámenes, recobran los profesores la salud perdida, acaso por gracia sobrenatural.

Los ejercicios de examen ocasionan trabajo y fatiga; en vez de una hora de explicacion en la cátedra, hay que soportar cinco ó seis horas de atencion no interrumpida; á pesar de todo, el organismo, débil durante ocho meses, se fortalece cuando llega Junio: indudablemente los exámenes proporcionan algo más que no son fatigas y penoso trabajo.

Hubo un año, digamos cuál, el año pasado, en que los mártires de la enseñanza, traducea V. supernumerarios y auxiliares; fueron eliminados de los cuadros de exámenes, no sé todavía si por creer que se les debía proporcionar algun descanso, ó, lo que más pienso, por consideraciones de matemáticas aplicadas. Acudieron á la superioridad en queja de lo resuelto por el claustro, al cual no pertenecen, por la sencilla razon de que no se les admite, y el digno actual director general de Instruccion pública declaró que tenían perfecto derecho á formar parte de los tribunales de exámenes y grados. Pasó el mes de Junio, y, en efecto, ni uno de ellos fué reparado en sus atribuciones: pero en cambio, sépase en honor de la verdad, *sumi cuique*, que se les entregaron los honorarios que les correspondian, porque tambien estaba expreso en la misma orden de la direccion.

Estoy haciendo historia, querido amigo, y esté V. seguro de que no me faltan las condiciones de imparcialidad y claridad: no acierto á ocultar la desnudez de la verdad con los giros del idioma; soy cronista, no soy literato.

Ha pasado un año; ni un obstáculo, ni una cortapisa para que libremente ejerciéramos nuestro cargo de jueces de exámenes en la segunda enseñanza: no puedo decir lo mismo de la universitaria: allí por lo visto no debe rezar en todas sus partes la referida orden del año anterior.

Como en España andamos así, es decir, mal, ocurre en el Consejo de Instruccion pública presentar un dictámen al señor ministro de Fomento, relativo á exámenes, cuando éstos han dado principio; los periódicos, pregonan la noticia, y rebota en los centros docentes: ya tenemos las piedrecitas.

Supóngese que no tardará el ministro en decretar, de acuerdo con aquel alto cuerpo, que sea potestativo de los jefes de establecimientos de enseñanza excluir á aquellos degradados, que no tienen otro delito que llamarse supernumerarios y auxiliares. En medio de todo, habría como ventaja el que los jefes solamente, y no los claustros, serian responsables de su conducta.

Pero ¿qué importa, preguntará V., que el decreto saiga uno de estos días si los exámenes ya se van verificando?—Es verdad, pero faltan los ejercicios de grados, y dícese... se dice... aquí no afirmo, que si apareciese, se podría dar el caso de que los que fueron aptos para juzgar aisladamente en las respectivas asignaturas, no lo fueran para calificar el conjunto de ellas que constituyen aquel ejercicio.

Materialmente hablando, ¿puede sostenerse esta tesis?—No: materialmente pensando, sí.

Hay momentos de distraccion, y acabo de experimentar uno de ellos; dispénsame V.: se han pintado en mi imaginacion las relaciones de aumento que puede experimentar un número fraccionario cuando disminuye su denominador. Mas abandonemos estos segundos de aritmética, y continuemos.

Pero no: no quiero molestar más tiempo; dejemos algo para otra ocasion.

Puede V. hacer de está carta el uso que le parece; si la da publicidad, no me ofenderé, que al

fin, el público, que es quien paga, tiene derecho á saber lo que ocurre.

Se ofrece suyo afectísimo S. S. Q. B. S. M.,

UN PROFESOR AUXILIAR.

Valladolid 14 de Junio de 1883.

El decreto del Congo.

Se sabe que el rey del Congo ha sido destronado; pero seguramente nadie conoce hasta hoy el admirable decreto que al Gobierno provisional de aquel país acaba de promulgar, segun nos participa el activo corresponsal que tenemos en las Nigricias.

Dicho decreto dice así:

«Para conmemorar el fausto acontecimiento de la caída de la Monarquía y el advenimiento de la República, en virtud del cual esta noble tierra entra de una vez y para siempre en el concierto de los pueblos libres, el Gobierno provisional ha resuelto que los *catoc, catoc* (esto quiere decir cuarenta millones de reales) que hasta aquí se habían aplicado única y exclusivamente al sostenimiento y regocíjo de la familia del Monarca, se consagren de hoy en adelante á un fin verdaderamente nacional, á saber: á la proteccion de la ciencia, el arte, la industria, la virtud y la moralidad, que debe ser el único objetivo á que las riquezas se apliquen; y con el fin de que quede permanentemente el recuerdo de la diferencia que hay entre los gobiernos personales y de la nacion, hemos resuelto que los citados *catoc, catoc* (cuarenta millones), aplicados antes exclusivamente á sostener á una familia con pompa y boato para deslumbrar á los bobos y perpetuar su necesidad, se consagren en adelante, por lo ménos durante un siglo, á los fines que, razonados sumariamente, se expresan á continuacion:

«25.000 duros á la creacion y sostenimiento de una Escuela normal central destinada á formar el profesorado de las Escuelas normales de provincias. En dicha Normal central se retribuirá á los catedráticos con los ménos 2.000 duros anuales, para atraer á ese centro de enseñanza á hombres ilustres que difundan la mayor suma de conocimientos en los llamados á instruir á los maestros que han de formar á su vez la inteligencia de la patria.

«50.000 duros en aumentos de sueldo á los catedráticos normales de provincias, para ofrecer á su vez estímulos á los destinados á instruir á los maestros en cuyas manos se ha de poner la direccion del entendimiento y corazon de los niños.

«300.000 duros para aumento de sueldo de los maestros de primeras letras.

«375.000 duros para hacer en la enseñanza de la mujer y de las niñas análoga reforma á la expresada en la de los maestros y niños.

«40.000 duros para retribuir veinte naturalistas que estén de continuo estudiando el país vecino, donde todavía se venden hombres y reina la barbarie; cuando sus habitantes encierran un buen fondo humano, y su territorio ricos veneros de riqueza, que pueden aprovechar mejor que nadie nuestros industriales y comerciantes, por la facilidad de las comunicaciones entre el nuestro y aquel pueblo (ocupa el pueblo á que se alude una situacion semejante á la de Marruecos respecto á España).

«40.000 duros para retribuir veinte jefes y oficiales de nuestro ejército que estudien las condiciones militares de dicho país limítrofe, por sí, á pesar de nuestros esfuerzos continuos y leales en probar que no nos mueve objeto alguno de ambicion al entablar relaciones con él, sino el deber que tiene todo pueblo civilizado de llevar á la civilizacion á los que con él confinan, todavía resistieran materialmente nuestra benéfica influencia, como no es raro ver en los pequeños que se niegan á la saludable direccion de sus padres y maestros.

«5.000 duros, premio anual para el periodista que, á juicio de sus compañeros, haya sido más fiel defensor de la dignidad, el patriotismo, la verdad y el bien, para aquel cuyo desinterés y amor á la justicia esté más patente, sea cual fuere el partido á que pertenezca.

«5.000 duros á la empresa periodística que se distinga por igual concepto.

«40.000 para pensionar á cincuenta alumnos anualmente, con el fin de que puedan, al terminar sus carreras, completar los estudios de lenguas, ciencias naturales, derecho, filosofía, etc., universidades extranjeras, dando cuenta de sus trabajos en la forma que se determinará.

«50.000 duros para ídem cien operarios de distintos oficios, que, á juicio de sus compañeros, merezcan por sus dotes especiales ir á completar su aprendizaje á países extranjeros, y aportar á nuestra patria sus adelantos.

«50.000 duros para premiar los setenta alumnos más aprovechados de las escuelas de Bellas Artes, para que completen tambien su educacion en el extranjero.

«50.000 duros para facilitar instrumentos y reactivos al químico que sus papeles (esto es, los de su misma profesion), considera que tiene más inteligencia y laboriosidad para dedicarse á estos trabajos.

«50.000 duros para analogo fin, relativamente á experiencias de física.

«10.000 duros para premiar la mejor Memoria que se presente anualmente, demostrativa de las ventajas de unirse, formando un solo Estado, con el *Porto Igual* que está al Occidente, y en que se patentice la barbarie que supone en ambos pueblos estar separados. Esta Memoria puede estar escrita en nuestra lengua ó en la suya.

«10.000 duros para premiar otra Memoria en que se demuestre de igual modo la conveniencia de formar una sola confederacion con todos los pueblos que hablan nuestro idioma, por separados que estén sus territorios del nuestro con dilatados mares.

«10.000 duros para recompensar anualmente al magistrado más íntegro, segun sus papeles; doblando el premio en el caso de que su integridad llegue al punto de haber condecorado á presidio á un ministro de la República, acusado por la

prensa de prevaricador, y convicto de ese delito ante el Tribunal ordinario, que le juzgará como á todo otro hijo de vecino.»

Á LA VIRTUD

Como del sol los fúlgidos reflejos Vislúbranse á lo léjos Al nacer la mañana; Como en blando desmayo Reciben el calor del primer rayo El pájaro gentil, la flor galana; Tal la virtud se anuncia, y tal el hombre Siente á su fuego germinar la idea Y prurpume en un himno cuyo nombre Es la santa virtud: ¡Bendita sea!

Virtud, que del error entre las nieblas Enseñas á Platón un Dios ignoto, Y el velo de tinieblas Que ocultó la verdad, hoy muestras roto; Virtud que al hombre elevas Y de laureles su camino alombas, Y á disipar le llevas Las que turban su mente oscuras sombras.

Virtud, que anudas en estrechos lazos Los hombres que en amor del bien se inflaman; Que rompes en pedazos Tronos y altares que tu nombre infaman; Que el alma dignificas Y que al cubrírte de vergüenza y luto La avelel tiranía, santificas El vengador pañal que blande Bruto.

Que como deja el astro, Cuando en el éter rueda, Un fulgurante rastro, Libertad é igualdad forman tu estela, De un pueblo libre inmarcesible y pura Corona que sus signos hermosa Y que la sombra impura Disipa con la luz que centellea: No eres tú patrimonio del cobarde Que á yugo innoble inclina la cabeza, Cuya sangre no arde Al ver de sus hermanos la vileza.

¡Tú eres hija del bien, no del encono! Y tus flores divinas, ¡Pueden brotar sobre el altar y el trono Cuando sólo son ya miserias ruinas!

Sea tu nombre el benéfico conjuro Que dé calor y vida á un pueblo inerte; Faro brillante á cuyo rayo puro Mire el triunfo seguro Al verse grande, poderoso y fuerte.

J. ANASTASIO PEREZ.

EL JESUITA

SONETO

Arrastrándose en sombras y misterio, Sin fe, sin caridad, sin afeciones; Archivo de secretas confesiones En las que funda su nefando imperio. Mañero hasta con Dios, ruin de criterio, Simula beatitud, da bendiciones, No limosnas, pues guarda los doblones Que atrapa de los ricos con misterio. Ejemplo de virtud y mansedumbre Dice que deba dar sobre la tierra; Pero en tanto que Febo el cielo alumbra, Al universo entero ha de hacer guerra. No hay en él de la gracia ni vislumbre; Y honor, y religion, y fe destierra.

UN LIBRE-PENSADOR

Lorca, Junio de 1883.

Bibliografía.

EL HOMBRE NEGRO, por Alfredo Sivrent, precedida de una carta prólogo de Victor Hugo.—Traduccion española.—Madrid, 1883.

Siona, preciosa y pura niña israelita, hija de pobrísimo y honrada familia, con notables condiciones para el arte del canto, cautiva el corazon de un jóven aristócrata, que en vano emplea la astucia y el oro para seducirla.

Pide el incauto enamorado consejo á un jesuita, y éste, al ver á Siona, concibe hacia ella una pasion tan bastarda como vehementemente. Hipocrita y vil, aleja al amante, sirviéndose de la religion como de señuelo, se adhiere la jóven israelita para saciar en ella sus bestiales instintos.

Hé aqui la trama dramática en que teje Sivrent su preciosa novela de propaganda antijesuitica, demostrando la necesidad social de acabar con esa raza de buitres insaciables que abriga el mundo en su seno.

La traduccion es correcta.

LA MISION CUMPLIDA, novela medianítica.—Pamplona, 1873.

Obrita de propaganda espiritista del mismo corte y tendencias que Luis, de que diez pasados nos ocupábamos.

QUE SON LOS JESUITAS.—Madrid, 1882.

Este libro, de que se nos remite un ejemplar, perfectamente impreso en la tipografía Gatsenber, hace una mañosa defensa del jesuitismo y los jesuitas. A tiro de ballesta se conoce que es obra de un reverendo padre, destinada á los catequizados de los distintos colegios que posee la orden en nuestro país. Probablemente nos ocuparemos más despues del libro en el cuerpo del periódico.

Imprenta de E. Rubinos, Plaza de la paja, 7.

